

1

El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho.

Jorge Luis Borges

Aquella mañana de verano, el sol brillaba en lo alto anunciando un espléndido día. La pequeña, sentada en una silla de la mesa de la cocina, hacía sus deberes antes de ir a jugar. Balanceaba sus piernecitas, demasiado cortas para alcanzar el suelo. Su madre lavaba la lechuga para la ensalada mientras resolvía las dudas de la pequeña.

—Mami, ¿a que los meses del año son enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre? —preguntaba la niña, sin hacer una pausa para respirar, orgullosa de sabérselos.

—Sí, cariño.

La madre tarareaba una canción mientras preparaba la comida. Una larga melena castaña le caía sobre los hombros. Cubierta con un delantal, la joven mujer, de rostro fino y ojos marrones, vigilaba de cerca los progresos de su hija. Su pequeña Laura no compartía con ella el color de pelo ni de ojos. Una coleta recogía la melena rubia de su hija, y sus ojos verdes estaban fijos en la libreta que tenía delante.

Por un momento, la niña pareció encontrar dificultades en el cuadernillo de ejercicios, porque torció el gesto y golpeó rítmica-

mente con el lápiz. La madre se acercó a averiguar dónde estaba el problema.

El cuadernillo desarrollaba el conocimiento de los niños sobre el tiempo y la forma de medirlo. Esa mañana, la niña repasaba los meses. El ejercicio consistía en escribir las fechas, que estaban expresadas numéricamente.

—¿Qué pasa, Laura? —preguntó la madre.

—¿Qué significa esto? —la niña señaló los números 8-5-92.

—Es una forma de escribir las fechas. Lo primero es el día, el ocho. Lo segundo es el mes, que es el que hace cinco..., que es...

—Mayo —resolvió la niña con rapidez.

—Muy bien, y lo último es el año, que es 1992, pero le quitan los dos primeros números para hacerlo más fácil —aclaró la madre.

—¡Ah! —dijo Laura, que había comprendido perfectamente la explicación.

La madre puso a prueba a la niña para comprobar que no le quedaban dudas al respecto:

—Y si hoy es 7 de agosto de 1991, ¿qué fecha es?

—7 del 8 del 91 —contestó con seguridad la niña.

—Y tú, ¿cuándo naciste?

—El 2 del 9 del 85 —la confianza de la niña aumentó.

—¡Muy bien! —su madre le dio un beso en la frente—. Yo creo que hoy ya puedes ir a jugar. El abuelo y Luz están en la terraza. Están con la guitarra.

La madre se quedó observando a su hija un instante. Se quedaba embobada siempre que contemplaba el rostro de rasgos perfilados de su pequeña. Parecía un ángel. «Es tan despierta, tan alegre...», pensaba. Sus dos hijas se habían convertido en el centro de su existencia y de su felicidad.

La pequeña salió de la cocina corriendo. Aunque por las tardes disfrutaba bajando a la playa o yendo a las casas de sus amigos para bañarse en la piscina, por las mañanas prefería quedarse con su abuelo. La novedad era su hermana pequeña. Era la amiga per-

fecta para sus juegos de verano. El bebé, de veinte meses, ya daba sus primeros pasos y decía algunas palabras, más que suficientes para proporcionar divertidos momentos a su familia.

Su abuelo, de sangre andaluza, acumulaba en su rostro arrugas e historias que contar. Procedente de una familia de agricultores, aquella villa en la costa mediterránea era el premio a toda una vida de trabajo y ahora quería compartirla con la familia que le quedaba.

El padre de las pequeñas no estaba. Cuando Laura preguntaba por él, su madre contestaba con voz serena y la mirada perdida: «Se tuvo que marchar». Laura apenas recordaba su rostro, y no estaba segura de si aún estaba cuando Luz nació.

Sin embargo, la ausencia paterna no era fuente de dolor para la familia. Su madre se ocupaba de ellas, y pasar las vacaciones en la villa de su abuelo hacía del verano la estación favorita de la chiquilla.

Su pequeña finca veraniega no tenía piscina, pero todo el mundo la envidiaba por su ubicación. Desde lo alto de la colina donde estaba situada, se divisaba el mar. Laura sólo tenía que bajar por un caminito de tierra para encontrarse con la arena de la playa o con la urbanización donde veraneaban sus amigos.

—Hola, mi ángel —la saludó su abuelo, mientras, con la vista fija en el mar, hacía sonar algunos acordes con la guitarra española que sujetaba entre sus brazos. La pequeña Luz dormía plácidamente en un sillón.

—Hola yayo —le saludó Laura con un beso—. ¿Me tocas algo?

El anciano dejó que sus manos creasen más música. Sus raíces andaluzas hacían que sintiese cada nota, cada acorde. Cerraba los ojos para improvisar mejor. Durante algunos minutos, compuso una pieza que sólo alguien que lleva el flamenco en sus venas sabría dibujar con una guitarra. Cuando acabó, le pasó el instrumento a su nieta. Era su pequeño juego.

La niña no dudó en hacerla sonar con los mismos acordes, ritmo y melodía que su abuelo había improvisado instantes antes. Si

bien sus manos eran demasiado pequeñas para la guitarra, su pieza musical imitaba de forma asombrosa la que había tocado su abuelo. La había memorizado a la perfección.

—Esta niña tiene un don —sentenció su abuelo cuando vio aparecer a la madre en la terraza.

—Es muy lista, papá —aclaró su hija—. Laura, ¿tienes hambre?

La niña, que seguía tocando la guitarra, asintió. Su madre le dijo:

—Te he traído dos yogures de la cocina. ¿Qué prefieres? ¿Fresa o macedonia?

—Fresa.

—Toma —la madre se acercó a la pequeña para dárselo, pero antes comprobó el sabor del lácteo mirando la tapa—. ¡Ay, espera! Lo siento, cielo, pero éste no puede ser. Está caducado. Mira.

La madre enseñó a la niña la fecha de caducidad, que estaba expresada como la pequeña acababa de aprender en su cuadernillo de deberes.

—4 del 8 del 91 —leyó la niña—. Eso fue hace tres días.

—Sí, por eso no se puede comer. Esta fecha la tienen todas las cosas para indicar hasta cuándo las podemos consumir. Después de la fecha, ya no sirven, están malas y hay que tirarlas.

—¿Como si se muriesen? —preguntó interesada la niña.

—Cielo, los yogures no se mueren —le aclaró su madre mientras acariciaba la cabeza de la pequeña.

—Sólo los viejos como yo —murmuró el abuelo.

—¡Papá! —le reprochó la hija.

—Pues el de macedonia —concluyó la niña, ajena a la conversación entre su madre y su abuelo.

—¿Y no me vas a dar un beso? —le dijo su madre cuando le acercó el otro yogur, tras comprobar que éste no había caducado aún.

La niña se colgó de su cuello y le dio un beso de ventosa en la mejilla mientras su madre reía. Se hundió en su melena para oler el perfume con aroma a cítricos que tanto le gustaba. Detrás de su

nuca, descubrió unos números. Una fecha. No se fijó demasiado en ellos, pero le pareció natural, porque, según su madre, «todas las cosas» tienen fecha de caducidad.

Mejor para ella que no se fijara. Hubiese sido peor descubrir que esa fecha estaba más próxima que la del yogur de macedonia que estaba a punto de comerse.

Definitivamente, que el despertador sonara a las seis y media de la mañana era uno de los peores inconvenientes de haber cambiado Madrid por la Gran Manzana. Parecía burlarse de mí y recordarme que, a menos que me levantase ya, no llegaría a tiempo.

Cada día desde que diciembre había empezado, me asomaba a la ventana deseando encontrarme una capa de nieve sobre Manhattan. No quería irme de esa ciudad sin disfrutar de la típica estampa navideña que tantas veces había visto en las películas. Desgraciadamente para mí, esa mañana tampoco había nevado, aunque no era por falta de frío. Otro día en que el abrigo, los guantes y la bufanda serían una extensión de mi cuerpo.

A menos de dos semanas para la Navidad, mis compañeras de piso habían vuelto a sus hogares para pasar las fiestas con sus familias. La tranquilidad que se respiraba en el apartamento me hacía desear que tardasen en volver. Ni peleas por los turnos para entrar en la ducha, ni ropa tirada en el pequeño salón, ni platos sucios en el fregadero. Sólo los míos, claro.

El apartamento, moderno y con una ubicación privilegiada entre la Universidad de Columbia y Central Park, era algo que, económicamente, yo nunca me habría podido permitir. La suerte había hecho que conociese, en mi primera semana en la ciudad, a dos estudiantes del campus. Ellas, estadounidenses y de familias

acomodadas, compartían el piso y buscaban una nueva compañera. Aunque preferían una estudiante de la Universidad, decidieron darme una oportunidad cuando les conté que había ido a su país para participar en un programa de prácticas internacionales.

Miré el reloj: las siete. Siempre igual. Se me pegan las sábanas. Al mirarme en el espejo, vi a una chica de melena rubia y piel blanca como la leche. Nadie se suele creer mis orígenes mediterráneos... «¡Pero si pareces noruega!». Parecerse a una muñeca de porcelana no es mi ideal de belleza, pero al menos los ojos verdes me sirven por expresivos, además de tener cara de no haber roto un plato en mi vida...

Una ducha, un café y a la calle. A pelear contra una marea de taxis amarillos, de maletines que arrastran a ejecutivos y de prisas. La boca del metro me recibió con una bofetada de aire cálido. Al cabo de unas cuantas paradas con un transbordo de por medio y unos minutos de paseo, llegué a mi destino.

Probablemente, como casi todo lo que hay en Nueva York, la primera vez que la vi fue en una película. Majestuosa, sin duda, su línea de banderas nacionales ya te dejaba entrever que allí se hacía historia y que se cocían asuntos de gran trascendencia, de esos que uno sólo ve cuando deja de mirarse el ombligo. La segunda vez, la visité como turista. Creo que entonces fue cuando me enamoré de sus ideales. No era perfecta, pero esforzarse por conseguir el entendimiento de todos los seres humanos merecía un gran respeto.

Esa mañana, la Organización de las Naciones Unidas se alzaba espléndida. O tal vez era yo, que la veía con buenos ojos. Los funcionarios procedentes de todas las partes del mundo se concentraban a sus puertas. Dentro los esperaba el ya habitual control de seguridad.

Aunque no entraba hasta las nueve, yo me imponía las ocho y media como límite para llegar. La media hora que me quedaba la empleaba en tomarme el segundo café, esta vez de máquina, hojear el *New York Times* y preparar el trabajo del día.

El programa de prácticas de la ONU recibía cada año a cientos de estudiantes, y duraba dos meses. Había enviado mi solicitud durante mi último año en España, mientras estudiaba Derecho en Madrid. Me habían seleccionado para los meses de verano, aunque en la carta de admisión ya me anunciaban que no cubrirían ninguno de mis costes y que, una vez finalizadas las prácticas, no había ninguna posibilidad de ser contratada. A pesar de los inconvenientes, me lancé de cabeza. No sabía qué haría después ni tampoco si podría vivir en Nueva York con mis ahorros; sin embargo, la idea de trabajar en la sede mundial de la organización que admiraba era una razón más que suficiente para mí.

El primer día nos distribuyeron según los puestos disponibles. La carta de presentación que habíamos enviado meses antes para que buscasen una ocupación próxima a nuestros intereses sirvió más bien de poco, porque, cuando llegamos, la asignación aún no estaba hecha. Sin embargo, me di cuenta de que, en cualquier caso, la mayoría de los que estábamos allí no haríamos mucho más que poner cafés y hacer fotocopias. En dos meses de prácticas, poco más podrían encargarnos.

Por eso, delante de la oficina que nos debía asignar a un departamento o comisión y acreditarlos como miembros temporales de la ONU, se desató una lucha sin cuartel. La víctima principal, sin duda, fue la secretaria, que desde detrás de su mostrador trataba de poner orden entre el centenar de jóvenes que se agrupaban en torno a ella. Todos los seleccionados buscaban los mejores puestos. Los de UNICEF y los del Programa de Desarrollo de la ONU fueron los más demandados y los primeros en agotarse. Después, los de las oficinas dependientes de la Secretaría General, cuyos despachos estaban en la emblemática torre acristalada de treinta y nueve pisos. El Consejo Económico y Social también tenía algunas vacantes para organizar el período de sesiones que se celebraba ese año en Nueva York... Poco a poco, los aspirantes fueron saliendo de la sala, mostrando orgullosos su acreditación y

soñando con el puesto que desempeñarían durante los dos meses estivales.

Para cuando me di cuenta, sólo quedábamos allí tres personas, además de la secretaria, que parecía derrotada tras haber repartido, en menos de una hora, casi un centenar de acreditaciones. Se dejó caer en su silla al comprobar los pocos que allí quedábamos, y preguntó al chico con rasgos orientales que iba delante de mí.

—¿Qué prefieres? ¿Asuntos Jurídicos o el Comité para el Uso Pacífico del Espacio?

—¿No hay nada en el Consejo de Seguridad? —replicó éste.

La mirada de la secretaria habló por sí sola. «Pobres estudiantes, creen que cambiarán el mundo en dos meses... y sólo van a organizar un poco el papeleo», debió de pensar.

Me di cuenta entonces de que la opción que descartase el chico sería para mí. Por una parte, Asuntos Jurídicos sonaba demasiado general. Yo estudiaba Derecho, así que, en principio, eso era lo mío. Pero, si había acudido a las Naciones Unidas, era porque quería profundizar en los derechos humanos y luchar contra las sistemáticas violaciones de éstos que cometían algunos países. Por otra parte, el Comité para el Uso Pacífico del Espacio me hacía recordar mis clases de Derecho Internacional Público sobre el Espacio Exterior, que en su momento me habían parecido bastante inútiles. Las preguntas del examen de ese tema eran absurdas: «Si un astronauta francés, con nave rusa, cae en Egipto, ¿a qué país se debe enviar al astronauta?». Aunque no era ésa la respuesta correcta, a mí siempre me hacía gracia pensar que no importaba, porque nunca encontrarían cachitos demasiado grandes del desafortunado astronauta.

—Asuntos Jurídicos —contestó el chico.

—Entonces para ti ya está claro, ¿no? —dijo la secretaria, dirigiéndose a mí.

—Supongo que sí —respondí en inglés, resignada.

El chico rellenó la ficha mediante la que aceptaba el puesto en la Oficina de Asuntos Jurídicos, y la secretaria me entregó a mí un pa-

pel similar dirigido al Comité del Espacio. Mientras lo rellenaba sobre el mostrador, la tercera persona que esperaba en la cola habló:

—Menos mal que ya se han ido los de las prácticas, pensaba que nunca me llegaría el turno —exclamó en francés un hombre de unos sesenta años, vestido con traje de chaqueta y maletín.

—¿En qué puedo ayudarle? —contestó la mujer en el segundo idioma oficial de la ONU. Hoy la secretaria se estaba ganando el sueldo.

—Soy *monsieur* Leblanc. Me dijeron que debía venir hoy a esta oficina a fin de recibir mi despacho y mi acreditación para el traslado desde Ginebra.

—¿Oficina de destino? —preguntó la mujer, mientras introducía los datos en su ordenador.

—Comité de los Derechos del Niño.

La secretaria se tomó unos minutos para teclear los datos que necesitaba y obtener la información. Se levantó y fue a buscar la acreditación a la oficina trasera. Mi atención estaba totalmente puesta en aquel señor de rostro serio, barba canosa recortada y porte elegante. Sus ojos marrones repararon en mí un momento, y yo aproveché para decirle en francés:

—Pensaba que ese comité sólo trabajaba en Suiza.

—También tenemos oficina aquí —hizo una pausa—. ¿Sabes francés? —Creo que le había sorprendido oírme hablar en los dos idiomas oficiales. Asentí con la cabeza. Él miró la ficha de mi oficina de prácticas, que me estaba costando rellenar—. ¿Dónde te ha tocado?

—Comité para el Uso Pacífico del Espacio —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Poco emocionante, ¿eh? —afirmó, buscando mi complicidad.

—La parte que menos me gusta del derecho internacional —le confesé.

—¿Estudiante de Derecho? —parecía que había llamado su atención—. ¿De qué universidad?

—De la Universidad Complutense de Madrid.

—¿*Egues* española!? —dijo en español, aunque con marcado acento francés.

—Sí —respondí con timidez, contenta de haber encontrado alguien que chapurrease mi lengua materna.

—¿*Y pog* qué *quiegues trabajag* aquí? —su rostro estaba serio de nuevo y sus ojos me analizaban como si quisiese saber qué podía esperar de mí.

Le debió gustar mi respuesta, porque, cuando la secretaria regresó, la convenció de que necesitaba una estudiante de prácticas interesada en los derechos humanos. Él era el experto, procedente de Ginebra, en la aplicación del protocolo sobre la participación de los niños en conflictos armados. La secretaria no opuso mucha resistencia, quería acabar cuanto antes.

—Como queráis —dijo únicamente como respuesta, exhausta.